

Un ojo en Alberti otro en el País Vasco

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

VUELVO a España tras varios días de estancia en Suecia, no en busca de Greta Garbo, ni del Premio Nobel, como otros, sino en misión de "comunicación intelectual" que tendrá su momento en las páginas de TRIUNFO. Por culpa del viaje me pierdo las glorias del mitin del PSUC al día siguiente de la impresionante fiesta en el "camping" de La Tortuga Ligera. Pero aún llego a tiempo de ver a centenares de "psuqueros" con la boca abierta por la satisfacción. El éxito de masas ha sorprendido a la propia empresa. Por riguroso control de taquilla puede establecerse que en la fiesta del "camping" participaron unas ciento treinta mil personas, y según información de la propia Policía Municipal trece mil espectadores consiguieron penetrar en el Palacio del Sport y cincuenta mil se quedaron fuera, escuchando a través de los altavoces un excesivamente largo mitin de tres horas. De la fiesta de La Tortuga Ligera reuní ecos hasta en Suecia, donde llegó Labordeta con su guitarra y su asombro de testigo de excepción de la fiesta de los comunistas catalanes. El cantante candidato del PSA (Partido Socialista Aragonés), cantante de todo Aragón, aún conservaba en la retina sorpresas de la fiesta, y de todas ellas la que más le habla impresionado era la de las ancianas portadoras de pegatinas con el lema: "El voto a los dieciocho años".

Tuvo el PSUC su mitin impresionante el lunes 9, y poco después llegaba a Barcelona Rafael Alberti. También Suecia tuvo la culpa de que me perdiera dos comidas de homenaje a Alberti: la una ofrecida por la Galería Maeght y la otra por el PSUC, y entre comida y comida el mitin de la plaza de toros de Las Arenas, donde Alberti recuperó su plena función de poeta popular bajo el pretexto de un homenaje a Neruda, convocado por los tercermundistas de "agermanament". Me hubiera gustado haber estado allí para ver de cerca el impacto de esta Catalunya de hoy en el Alberti de siempre. En el invierno romano de 1975 coincidimos en una cena de homenaje a Dolores Ibarruri, y Alberti expresó su deseo de recuperar Catalunya después de haber recuperado Cádiz. Acabó entonces Alberti coreando "Els Segadors", para sorpresa de políticos internacionales de mesas presidenciales o colindantes, como Berlinguer, Soares, Carrillo, Etienne Fajon o la mismísima Dolores Ibarruri.

Más no todo fue fiesta y reencuentro en la semana catalana. Los sismógrafos siguen apreciando derivaciones concéntricas de la aparición del "partido del Gobierno". Distráidos por el peligro "Alianza Popular", los partidos del centro

izquierda y el centro derecha catalán no reconocieron la importancia que tenía el terremoto suarista. Cusjó finalmente el partido "oficialista" encabezado por Carlos Sentís, flanqueado por Manuel Jiménez de Parga y Salvador Pániker. En cambio, no figuran en la coalición Senillosa y otros próceres amigos que estuvieron a punto de sumarse a un partido encantador. Senillosa habló claro, denunció el oficialismo del nuevo partido y se autodefinió como un liberado águila que volaría "... sobre los buitres". Dicho y hecho. Durante toda la semana, fuera a través de entrevistas o de artículos de propia mano, Senillosa se ha sumado al comando de implacables críticos de la "operación Suárez". Hasta Suecia me llegaron ecos telefónicos de las andanzas de Senillosa y de artículos de GilRobles publicados por "El País". Castellet, buen conocedor del primero, y Jesús Aguirre, buen conocedor del segundo, fueron mis mentores espirituales para comprender a tan larga distancia las penúltimas intenciones del águila areilista y el viejo búfalo de Salamanca. En Suecia aún quedan exiliados políticos y, por descontado, exiliados económicos. Entre los primeros abundan fugitivos de caídas del FRAP, marxistas-leninistas en general, trotskistas y nacionalistas vascos. A sus preguntas sobre la situación general de España era difícil responderles: "Se mata y se amnistía, se democratiza y se mantiene la sartén asida por el mango". La ambigüedad y el equívoco siempre estuvieron cerca, y lo compruebo una vez más cuando mientras hago las maletas recibo las primeras noticias de la nueva tragedia vasca. La usura de la amnistía no sólo ha vuelto a ensanchar el País Vasco, sino que, además, ha dramatizado y ha aplazado la solución política del problema. En un momento en que hasta los etarras prefiguraban una salida según la normativa política, esos muertos del País Vasco levantan una vez más la estatura del Ulster como una noche ciega que se nos viene a todos encima.

Catalunya ha vibrado especialmente ante la cuestión. Secundando la convocatoria de la ORT y otras organizaciones políticas de izquierda, más de cuatro mil manifestantes trataron de expresar por las Ramblas su solidaridad con la batalla vasca por la amnistía. Trataron, digo, porque las cargas policiales fueron contundentes y desbaratadoras. Mientras tanto, un grupo de vascos proseguía su encierro en la iglesia de Nuestra Señora del Port, donde recibieron numerosas visitas solidarias, entre ellas la de siete jugadores de la Real Sociedad que iban a disputar al Español la eliminatoria para la Copa del Rey. Está dentro de la más pura lógica que la Real Sociedad de San Sebastián perdiera la eliminatoria. ■

LoS
CoNteM
poRa
nEoS

EL ARTE DE APROVECHAR LOS RESTOS

YA no se suelen ver aquellas recetas de cocina que enseñaban el arte de aprovechar los restos. Quizá ya no haya restos. Los ricos los tiran y los pobres no los tienen. Sin duda con esa voracidad propia de los pobres, se los comen, sin darles las artísticas vueltas que antes se recomendaban.

El arte de aprovechar los restos ha pasado a la política. Lo practican las mejores familias. Con unos cuantos trocitos de pasados festines hacen unas espectaculares croquetas electorales. No hay partido que se resista a esta cocina económica. Trozos de viejo discurso—incluso de los de antes de la guerra—, camisas descoloridas, antiguos emblemas, dogmas resquebrajados forman un excelente potaje. Un plato de "ropa vieja", que los amateurs del cocido tanto aprecian.

De todos los restos que se aprovechan, los que más se utilizan son los restos mortales. Las gentes de este país se arrojan los muertos a la cabeza en un espectáculo más bien alucinante. Todos nos acusamos del montón de muertos antiguo. Todos nos aprovechamos de los muertos del día, de los muertos casi frescos, que acaban de ser destrozados. Aquí nadie muere en vano de muerte violenta; los vivos lo convierten en algo utilizable, explotable, contabilizable a la hora del escrutinio. Es un país en el que las gentes son asesinadas siempre dos veces.

Así se produce el espectáculo del aprovechamiento de uno de los muertos más atroces de estos días: el hombre convertido en explosivo humano en Barcelona, por ser que escapan a toda posibilidad de comprensión. Cada uno muere de su propia muerte, decía Rilke (el poeta lírico murió al clavar-se la espina de una rosa): el fabricante de explosivos ha muerto de un explosivo en el corazón. Ahora los buitres de la política le están robando su muerte. La izquierda acusa a la derecha, la derecha a la izquierda. Se ha perdido el último átomo de respeto para esa tremenda agonía.

Quizá en este país nacemos todos con un explosivo adherido con esparadrapo al pecho, sobre el corazón. Es una cuestión de tiempo que estalle. Pero siempre estalla. Tal vez cuando con más desesperación tratamos de arrancarlo.

El rostro del odio asoma a este país, ha dicho el señor Fraga. No es ajeno él, no son ajenos los suyos. No son ajenas ninguna de las hienas que están convirtiendo en sistema la explotación de los muertos, tras fabricarlos de alguna manera u otra: los que se los arrojan a la cara del adversario. Apunta el rostro animalesco del odio, en el trasfondo de la campaña electoral, apunta ya el crimen de una clase o de otra. Precursor, buscador de otros crímenes mayores. Hay una literatura del crimen que asoma en algún artículo, en algún discurso: una literatura que excita, que solivianta, que provoca. Es, quizá, peor que el crimen mismo.

Pero que no se confunda eso con el país, que no diga que España tiene un regusto por la muerte, que España es un país de violencia, que somos un pueblo agresivo. España no es así. Es una vieja superposición, es una antigua manipulación que de alguna forma habrá que modificar. Haciendo desaparecer un clima, haciendo desaparecer el rostro del odio. Haciendo que la explotación de los restos no sea fructífera. ■

POZUELO